

XXXV° COLOQUIO DESCARTES

“El ultimísimo Freud, más allá del principio”

El imperativo original

*“Hay cosas que deben ser dichas más de una vez,
y que nunca pueden ser dichas suficientes veces.”*

S. Freud¹

“¿Necesito evocar la filosofía de Kant, que sólo reconoce como realidad fija el cielo estrellado encima de nuestras cabezas y la voz de la conciencia dentro de ellas? Ese extranjero, como dice el personaje de Tartufo, es el verdadero dueño de casa, y le dice tranquilamente al yo: A usted le toca salir de ella. Cuando el sentimiento de extrañeza afecta en algún lado, nunca es por el lado del superyó; es siempre el yo quien se siente perdido”

J. Lacan²

Geografía y punto de partida

En el prólogo de sus “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis” Sigmund Freud señala que muchas de las proposiciones teóricas emergen como continuaciones de postulaciones previas. La número 31, *La descomposición de la personalidad psíquica* (1932), será la elegida para este trabajo; la misma se cierne como una producción sin autonomía, siendo *El yo y el Ello* (1923) la raíz de sus conceptualizaciones.

Desde su apertura el texto insiste con la retórica geográfica para trabajar los desarrollos y los obstáculos teóricos que rodean los límites de las instancias de su aparato -yo, ello, superyó-: “territorios”, “provincias”, “conquistas”, “gobiernos”, “reinos”, etcétera. El uso de este lenguaje presenta una cartografía anímica sobre la que no existen fronteras políticas concretas, sino “campos coloreados que se pierden unos en otros”.

Destaca el modo en que Freud resalta lo particular de la “significación del punto de partida” en todo vínculo, sea con personas o con cosas. El psicoanálisis, por ejemplo, remonta su origen al interesarse por “lo más ajeno al yo que se encuentre en el interior del alma”: el síntoma. En este contexto lo reprimido queda definido como una “tierra extranjera interior para el yo”; la realidad se presenta como tierra “extranjera exterior”. La fuente y la deriva de las instancias psíquicas se transforman en puntos de elaboración en este texto.

El modo en que acontece la ruptura de un cristal es tomado como metáfora del desgarro propio del yo; tanto uno como el otro pueden destrozarse, “pero no caprichosamente”: el deslinde invisible que comanda la escisión ya está definido por estructura, más original que cualquier inclemencia exterior. “¡La vida no es fácil!”, exclama el yo en su tendencia a defenderse de sus otros dos déspotas: la conciencia moral del superyó, y las pasiones del ello.

El carácter negativo del ello respecto del yo se constituye como esa “parte oscura”, inaccesible salvo por la vía de los sueños y los síntomas. Esta figura presentada por el simple

¹ S. Freud: En “Moisés y la religión monoteísta”.

² J. Lacan: Seminario 3, Las psicosis. Clase 22, Tu eres el que me seguirá.

pronombre impersonal carece, a su vez, de las dimensiones de la temporalidad y de la moralidad.

Al Freud indagar sobre la formación del superyó trae una referencia a I. Kant, la cual -dice- requiere de interpretación. Ese “abogado del afán de perfección” no es una creación divina; la conciencia moral deriva de la primera autoridad parental, castigando de forma anticipada ante el temor por la pérdida de amor.

Tomemos la fuente original de la *Crítica de la razón práctica* sobre la que recae lateralmente esta rectificación:

“Dos cosas llenan mi ánimo de creciente admiración y respeto a medida que pienso y profundizo en ellas: el cielo estrellado sobre mí y la ley moral dentro de mí. Son cosas ambas que no debo buscar fuera de mi círculo visual y limitarme a conjeturarlas como si estuvieran envueltas en tinieblas o se hallaran en lo trascendente; las veo ante mí y las enlazo directamente con la conciencia de mi existencia. La primera arranca del sitio que yo ocupo en el mundo sensible externo, y ensancha el enlace en que yo estoy hacia lo inmensamente grande con mundos y más mundos y sistemas de sistemas, y además su principio y duración hacia los tiempos ilimitados de su movimiento periódico. La segunda arranca de mi yo invisible, de mi personalidad y me expone en un mundo que tiene verdadera infinitud, pero sólo es captable por el entendimiento, y con el cual (y, en consecuencia, al mismo tiempo también con todos los demás mundos visibles) me reconozco enlazado no de modo puramente contingente como aquél, sino universal y necesario”

La evocación por Freud y Lacan de la filosofía kantiana *ilumina* sobre la desorientación del yo ante el carácter desmedido de los imperativos morales: sentimiento de extranjería, que refuerza el horizonte de un yo que no es *señor* de sus palabras.

Descomposición

En su conferencia Freud afirma que las fronteras de las instancias -alteradas por definición- pueden francamente diluirse, y señala dos razones: enfermedad psíquica o prácticas místicas. Los vínculos normales, desordenados, permiten en consecuencia que la percepción reconozca “en lo profundo del yo y del ello, nexos que de otro modo serían inasequibles”.

Al punto que ubica una similar vía de abordaje entre las prácticas místicas y el psicoanálisis, pudiendo decir sobre la meta de este último: “En efecto, su propósito es fortalecer al yo, hacerlo más independiente del superyó, ensanchar su campo de percepción y ampliar su organización de manera que pueda apropiarse de nuevos fragmentos del ello”.

Con esta atmósfera argumentativa, emerge el “Wo Es war, soll Ich werden” (“Donde Ello era, Yo debo devenir”, según la traducción de Etcheverry de la editorial de Amorrortu). Tal como sucede en el mismo título de *El yo y el ello* el superyó opera aquí más allá de su presencia. Esta indicación Freud la homologa al “trabajo de cultura” de los pólders del Zuidersee, esa conquista del mar destinada al cultivo del hombre.

El lugar y el modo en que cada quien puntúa un texto orienta los efectos de esa lectura. La soledad de este “imperativo” en la obra de Freud contrasta con la aparición regular en la enseñanza de Lacan -alrededor de veinte intervenciones me encontré por el momento-. Puede

sospechase de antemano el interés del psicoanalista francés por oscurecer algunas *buenas* lecturas que se hicieron de ella: no hay más que reconocer el prestigio que adquirió el reforzamiento y la independencia en la práctica psicoterapéutica.

La fórmula de Freud

“Una grosera especialización” es la consecuencia que Lacan desliza en el Seminario 1³ para la comprensión de la famosa voz freudiana. La reconquista analítica queda así reducida a un “acto de espejismo”.

Así lo muestra Heinz Hartmann⁴, exponente de la Psicología del Yo:

“Creo que la célebre proposición de Freud, ‘donde estaba el ello, el yo debe estar’, con frecuencia ha sido mal entendida. No significa que alguna vez haya habido, o que pudiera haber, un hombre puramente racional; implica solamente una tendencia cultural-histórica y una meta terapéutica.”

Asimismo, había ya presentado a la tan buena adaptación:

“En términos generales, consideramos bien adaptado a un hombre si su productividad, su capacidad para disfrutar de la vida y su equilibrio mental no están perturbados”

La productiva adaptación, efecto del reforzamiento del yo, se configura así como una nueva alienación construida en el equilibrio de la proyección imaginaria; nada original.

Desconocimiento pleno del acto de la palabra -constituyente del sujeto- que produce “un verdadero vuelco, un desplazamiento⁵, un paso de minué ejecutado entre el ego y el id”. Así lo resume Lacan:

“De esto se trata al fin de un análisis; de un crepúsculo, de un ocaso imaginario del mundo, incluso de una experiencia que limita con la despersonalización. Es entonces cuando lo contingente cae -el accidente, el traumatismo, las dificultades de la historia-. Y es entonces el ser el que llega a constituirse.”

El acto simbólico de la palabra (presencia de la ausencia, ocaso de la presencia) abre la puerta de la *Spaltung*, de la caída de los hechos de la historia⁶, propia del fin de análisis.

Al siguiente año, correlativo a su esquema L⁷, el pronombre impersonal ‘Es’ queda anudado a su S, el sujeto que interesa al psicoanálisis; ése que es constituido -discontinua- por la palabra que parte del Otro (lugar al que es referido el analista en la transferencia):

³ J. Lacan: Seminario 1, Los escritos técnicos de Freud. Clase 18: El orden simbólico.

⁴ H. Hartmann: La psicología del yo y el problema de la adaptación.

⁵ Vale aquí una referencia de Freud sobre la *Entstellung*, en el *Moisés*: “*Con la Entstellung de un texto pasa algo parecido a lo que ocurre con un asesinato: la dificultad no reside en perpetrar el hecho, sino en eliminar sus huellas. Habría que dar a la palabra ‘Entstellung’ el doble sentido al que tiene derecho, por más que hoy no se lo emplee. No sólo debiera significar ‘alterar en su manifestación’ sino, también, ‘poner en un lugar diverso’, ‘desplazar a otra parte’*”

⁶ Ver J.A. Miller: El ultimísimo Lacan, Clase 3 “Historización”

⁷ J. Lacan: Seminario 2, El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica. Clase 19: La introducción del gran Otro

“Al final del análisis es él quien debe tener la palabra, y entrar en relación con los verdaderos Otros. Ahí donde S estaba, ahí el Ich debe estar. Es ahí donde el sujeto reintegra auténticamente sus miembros disgregados, y reconoce, reunifica su experiencia”.

El trabajo del análisis supone entonces un descentramiento que delimite la prestancia imaginaria de toda afirmación (y su satisfacción), un despertar de los muros del lenguaje que refuerzan las alienaciones al ideal.

El principio

Cinco años después -en el Seminario *La ética del psicoanálisis*- Lacan realiza su conocida advertencia sobre los “ideales analíticos”⁸ arribando a lo que llama “la experiencia moral” de la entrada en análisis. La relación del sujeto con su propia acción queda anudada a una sanción y un bien, presentándose inequívocamente el sentimiento de culpa en la experiencia analítica: “de la energía del deseo se desprende la instancia que se presentará en el término último de su elaboración como censura”. Los orígenes paradójicos del deseo pretendieron, sin embargo, ser anulados con el “fin de la armonía”. La afirmación freudiana es leída *originalmente* en este Seminario:

“La experiencia moral de la que se trata en el análisis es también aquella que se resume en un imperativo original que propone lo que podría llamarse en este caso el acervo freudiano -ese *Wo Es war, soll Ich werden*- en el que desemboca Freud (...) Su raíz nos es dada en una experiencia que merece el término de experiencia moral y se sitúa en el principio mismo de la entrada del paciente en el psicoanálisis”. La experiencia moral que supone la propia interrogación del sujeto se da “precisamente en relación a los imperativos a menudo extraños, paradójicos, crueles, que le son propuestos por su experiencia mórbida”.

Se ubica aquí un vuelco sancionado por Lacan que ofrece ahora una orientación para la entrada del sujeto en el dispositivo: *la distonía en el devenir del yo “donde Ello era”* se evidencia en el momento en el que el paciente se pregunta qué quiere: “a medida que progresa el descubrimiento analítico él ve que se comprometió en su vía”.

Diferencia

En *Análisis terminable e interminable* Freud habla de un estado en el yo para considerar un análisis finalizado:

“¿Acaso nuestra teoría no reclama para sí el título de producir un estado que nunca preexistió de manera espontánea en el interior del yo, y cuya neo-creación constituye la diferencia esencial entre el hombre analizado y el no analizado?”⁹

Germán García en *El psicoanálisis y los debates culturales. Ejemplos argentinos* cita a Octave Mannoni, quien en su artículo “El análisis original” trabaja sobre los efectos de la relación transferencial Freud-Fliess: “Fliess salió de aquella situación con algo que bien podríamos llamar un delirio del saber, en el sentido en que la palabra “delirio” se emplea en ‘El hombre de las ratas’, mientras que Freud encontró en ella el saber del delirio, o inmediatamente bajo la forma de las interpretaciones de los sueños”.

⁸ J. Lacan: Seminario 7, *La ética del psicoanálisis*. Clase1, Nuestro programa.

⁹ S. Freud: *Análisis terminable e interminable*.

Recordar el punto de partida del psicoanálisis -eso que no anda, para el propio sujeto-, orientar algunas indicaciones para la entrada en análisis -¿cómo se le presenta lo inasequible?-, advertir la creación propia del fin de análisis -reconocer su experiencia-, bien serviría para ir más allá del poder de los principios no discutidos: espacio abierto al acto analítico, originalidad del psicoanálisis.

Referencias:

- S. Freud: Moisés y la religión monoteísta. Amorrortu, T. XXIII.
- S. Freud: Análisis terminable e interminable. Amorrortu, T. XXIII.
- J. Lacan: Seminario 1, Los escritos técnicos de Freud. Clase 18: El orden simbólico.
- J. Lacan: Seminario 2, El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica. Clase 19: La introducción del gran Otro
- J. Lacan: Seminario 3, Las psicosis. Clase 22, Tu eres el que me seguirá. Paidós.
- J. Lacan: Seminario 7, La ética del psicoanálisis. Clase 1, Nuestro programa. Paidós.
- H. Hartmann: La psicología del yo y el problema de la adaptación. Paidós, Biblioteca de psicología profunda.
- J.A. Miller: El ultimísimo Lacan. Clase 3, Historización.
- Moliere. Tartufo. Pehuen Editores 2001.
- G. García: El psicoanálisis y los debates culturales. Ejemplos argentinos. Paidós.
- I. Kant: Crítica de la razón práctica. Conclusión. Losada.

Augusto Pfeifer – Febrero 2022